

“Neocolonialismo como última etapa del imperialismo”, el cual revelaba el paralelo que establecía su autor con la obra de Lenin sobre “El Imperialismo, última etapa del capitalismo”, y —ya exiliado en Conarky— dejó que aumentara sobre él la influencia marxista. Mientras, en Tanzania, Nyerere —quien había traducido el *Julio César* de Shakespeare— comenzaba a emplear cada vez más la terminología socialista.

Pero, Mazrui también muestra que cuando la legislatura dejó de ser “la arena principal de articulación política”, la oratoria decayó. Crecía el radicalismo —es verdad— pero, se avanzaba también hacia los regímenes de partido único y, con ello, languidecía la oratoria. Aun así, él afirma que, en el periodo postcolonial, sigue habiendo, entre los africanos, una gran diversidad de actitudes y aún actitudes contradictorias en otro contexto, que aquí coexisten y se mezclan en diversas proporciones pues subsiste “una lucha entre un *jingo* occidental un *juju* africano y un gigante marxista”.

Mazrui afirma —para terminar— que “la naturaleza cambiante de la oratoria africana proporciona pistas importantes sobre la batalla cultural en la que están empeñados los pueblos negros del mundo”.

Oscar Uribe-Villegas

Elbaki Hermassi: “Le Colonialisme et l’Etat National en Afrique du Nord”. 7e. Congres de l’Association Internationale de Sociologie, Varna, 1970.

Hermassi considera que el desarrollo de las ciencias sociales en las “naciones nuevas” de Asia, África y Latinoamérica ha recibido más estímulo de los cambios políticos que de las tradiciones académicas, y esto parece cierto aun cuando Latinoamérica haya tenido

—también— una tradición universitaria de cultivo de la sociología y de las otras disciplinas sociales que ha venido a convergir con esos impulsos de carácter práctico.

De primera intención, esas disciplinas solieron traer a estas naciones modelos elaborados en “Occidente”, acordes con la ideología del conquistador-colonizador (como la idea malinowskiana de que el desarrollo es un resultado del choque de una cultura alta y activa con una baja y pasiva) y que se prolongaría en la congruencia total de las dicotomías “tradición-modernidad” y “no-occidentalidad-occidentalidad”.

Hermassi afirma que no sólo no contribuyó el Occidente a la modernización política sino que ha sido incapaz de reconocer que ha sido el responsable del atraso del resto del mundo así como no ha llegado a ser suficientemente generoso como para reconocer el correspondiente beneficio que derivó de ello bajo la forma del llamado “milagro occidental”.

El principal interés del autor está en las sociedades maghrebias: en Argelia, Marruecos y Túnez. Cada una de estas sociedades presentan: 1) tipos de colonización distintos; 2) distintos surgimientos a la vida independiente; 3) diversa posición de las élites nacionales en el proceso histórico.

Los tipos ideales de dominación, según Hermassi, fueron: 1) el segmental, 2) el instrumental y 3) el total, y los indicadores que permiten construirlos corresponden a) al predominio militar o al civil en el Estado; b) al estatuto del Estado autónomo; c) a la actitud de la metrópoli frente a las élites, durante la liberación.

En Argelia, el agente colonizador fue el militar, y el coloniaje fue una guerra permanente bajo la presión de los negociantes, de los campesinos pobres y de los deportados políticos de la metrópolis deseosos de adquirir tierras.

Los reagrupamientos de población (asimilados por Hermassi a los campos de concentración), buscaron, para beneficio francés, "hacer aprehensible a ese pueblo que está por doquier y que no está en parte alguna".

En Marruecos, el agente dominador fue el etnólogo (ejemplo Robert Montargue y la Resistencia del Rif. en 1934) quién hizo mensuramientos aéreos de la potencialidad y fragilidad del movimiento y sugirió que se debía aislar y dismantelar a la tribu dirigente y a sus jefes, con base en un conocimiento de la cultura marroquí que se manejaba, así como un instrumento de dominación imperial.

En Túnez, el agente de la dominación lo fue el burócrata; lo fue, entre otras cosas, por la débil segmentación tribal; por la gran centralización estatal previa: por la experiencia metropolitana de fracaso argelino (o sea la opción de Ferry en cuanto a hacer una colonización por y para los productores).

En Argelia, la metrópoli imperial dismanteló tanto el antiguo Estado patrimonial turco como el surgido de la resistencia popular. "Del antiguo gobierno sólo se conservaron el yatagán y el bastón". Desde 1840, la consigna del Mariscal Valée fue hacer desaparecer todo resto de nacionalidad argelina por ser este el "único peligro para nuestra dominación".

A fines del XIX, cuando el fracaso de esa política imperial resultó evidente, se la sustituyó con la idea del "protectorado": con el uso —en Túnez y Marruecos— de los "notables" locales (especie de mandarines) como instrumento de dominación: el Sultán, en Marruecos; el Bey, en Túnez. En el marco de esa soberanía conjunta, Marruecos tuvo en el Sultán un jefe político y religioso, más libre para actuar (en cuanto, por ejemplo, las tribus se le habían rendido a él y no a Francia) mientras que en

Túnez, la debilidad y ancianidad del Bey hacía surgir una élite asociada a la colonia.

En Argelia, Francia segmentó; no modernizó. Así, en vez de separar la Iglesia y el Estado (como pedían los nacionalistas) creó SU propio clero islámico juramentado; apoyó las formas religiosas más bajas, desautorizó a los jueces argelinos e hizo a los franceses aplicar tanto el derecho francés como el coránico. (cf. con las prácticas británicas en India adelantadas por Nair). Hubo, según los entendidos, una verdadera DESCULTURACION y una SEGMENTACION, en vez de una unificación pues la metrópoli enfrentó a los bereberes contra los árabes, a los rurícolas contra los urbanícolas a las élites provinciales contra los cosmopolitas.

Ya hacia el fin de su dominio imperial, el europeo intentó hacer herederas suyas a las fuerzas más moderadas que eran, simultáneamente, aquellas a las que él mismo se consideraba capaz de manipular a distancia.

Hermassi rechaza la presentación simplificada de Lipset que habla de estos países en términos de "debilidad del potencial democrático", que los muestra vulnerables al pretorianismo militar, y que no reconoce: 1o. que esos no son rasgos esenciales sino circunstanciales de esas sociedades descolonizadas y 2o. que la política "aún de las sociedades más aisladas, no es simple función de fuerzas endógenas sino, sobre todo, de fuerzas exógenas, más particularmente imperiales".

México y los otros latinoamericanos, con una experiencia más larga de coloniaje y de descolonización (tres siglos de uno y siglo y medio de la otra frente a siglo y medio y medio siglo respectivamente de África) tienen que encerrar (aún encapsulada, pues no se les ha estudiado detenidamente a esta luz) muchas lecciones de las variedades múltiples con las que el Imperio (uno en

el fondo, aunque su cabeza se desplace a través de los tiempos) trata de perpetuar su dominación. Pero México, y el resto de Latinoamérica tienen también mucho que aprender de los descolonizados (¿en vías de recolonización?) de Asia y África, porque en ellos, en este siglo, se acelera el tiempo histórico y esa aceleración permite que se vea, como comprimido, todo un largo proceso histórico-social.

Oscar Uribe-Villegas

Víctor D. Bonilla, Gonzalo Castillo, Orlando Fals Borda y Augusto Libreros: *Causa Popular, Ciencia Popular. Una metodología del conocimiento científico a través de la acción*. Publicaciones de la Rosca, Bogotá, 1972, 78 p.

Como se señala en el prólogo, este estudio es resultado de un trabajo colectivo interdisciplinario, que representa la culminación de un intenso proceso de crítica y autocrítica. Los autores han hecho un esfuerzo de sistematizar algunas de sus experiencias acumuladas durante más de un año de trabajos cumplidos en el terreno, en varias regiones colombianas, en contacto con la realidad de las gentes locales, sus problemas, preocupaciones y aspiraciones. En él se proponen bases para la creación de un método adecuado que denominan "estudio-acción" y que lleva a la "investigación militante" que permite a los científicos sociales poner la ciencia al servicio de los grupos populares.

Se ha elaborado un resumen extenso y textual del libro. Esto obedece a las siguientes razones: siendo un libro de difícil adquisición en México, no se ha querido omitir ni deformar ninguna de sus ideas. Por el mismo motivo, las interrogantes surgidas a través de su lectura se exponen al final.

*Capítulo 10. Ciencias sociales y neocolonialismo.*

El antiguo problema de la vinculación entre la ciencia y el compromiso político vuelve hoy a plantearse con urgencia, debido a circunstancias históricas que han contribuido a modificar el panorama político-internacional, principalmente al terminar la 2a. guerra mundial. Estas circunstancias son, por una parte, la ola de movimientos anti-imperialistas y de liberación nacional en regiones de Asia, África y más recientemente en América Latina, y, por otra, el ascenso de Estados Unidos a una posición de vanguardia del sistema capitalista-imperialista, cuyas pretensiones expansionistas han entrado en conflicto con los movimientos de liberación nacional y con los países socialistas.

En este escenario de conflictos de clase —tanto en lo nacional como en lo internacional—, las ciencias en general y las sociales en particular, se convirtieron en una arma efectiva del imperialismo (Ej. investigaciones sociales de contra-insurgencia, difusión de una ideología que pretende mostrar a las sociedades capitalistas dominantes como metas de desarrollo o modelos de progreso y democracia), por lo que el mundo académico fue reestructurado en función del mantenimiento del imperio (Ej. modernización de las universidades).

Para tratar de ocultar este compromiso abierto con el sistema imperialista se promovió el desarrollo de una ciencia social libre, de valores (Knorr, Bell, Lipset, Rostow, Silvert se encuentran entre sus exponentes); no obstante estos científicos creían en la sociedad capitalista.

Al mismo tiempo, en el Tercer Mundo florecieron como nunca —y con el apoyo de los Estados Unidos— las facultades de ciencias sociales de donde salieron los sociólogos, economistas y